

## PRESENTACIÓN / FOREWARD

La parafernalia de la propaganda fascista del *ventennio* estuvo impregnada, en cuanto al modo de formular los mensajes políticos, por las continuas alusiones históricas. La habilidad para enlazar con el pasado del Imperio Romano llevó a la construcción de arquetipos como el de la hermandad latina. Sabido es que el fascismo proponía una redención espiritual de Italia a través de la recuperación de los valores de la civilización romana que debía plasmarse, en términos de política exterior, en una progresiva recuperación de los antiguos límites alcanzados. Por ese motivo, las jerarquías fascistas acentuaron la necesidad de ejercer una política similar a la desarrollada por las grandes potencias, pese a las evidentes deficiencias que presentaba el país para desplegarla.

El presente dossier analiza el interés del fascismo por ejecutar esa política en un área vital para la retórica fascista; aquella que afectó a las naciones latinas, fueran éstas del continente europeo o americano. Las relaciones entre esta política exterior y la colectividad emigrada en el extranjero configuran un tema de gran relevancia en el análisis del fascismo porque su estudio nos lleva a adentrarnos en los complejos vínculos creados entre la nación, los emigrantes y su utilización al servicio del Estado. Partiendo de esas ideas, los trabajos presentados en este número de *Pasado y Memoria* suponen una aportación historiográfica que avanza en el conocimiento de la estructura diseñada por el fascismo entre sus emigrantes, especialmente mediante la creación de grupos del partido fascista en el extranjero, los *Fasci all'Estero*, la articulación del mensaje de propaganda política del régimen en estos países y la búsqueda de simpatizantes afines a su causa entre la opinión pública internacional.

Íntimamente relacionado con estos aspectos, conviene recordar cómo en el campo de la emigración el fascismo mantuvo una farsa en la que teoría y realidad no fueron de la misma mano. Desde un punto de vista institucional, el mensaje oficial se mostró restrictivo ante las migraciones. De tal modo, las palabras de los representantes fascistas fueron reacias a permitir cualquier salida de connacionales hacia el extranjero, pero, incluso, también a la movilidad interna

provocada por el éxodo rural. Los datos ponen en evidencia que hasta la caída en desgracia de Mussolini, en 1943, la brecha italiana siguió dejando un goteo constante de ciudadanos que se veían obligados, por una u otra circunstancia, a abandonar Italia. Hasta tres millones de italianos salieron del país durante el periodo. Al margen de esta postura, el éxodo de italianos propició elementos para tratar de impulsar una política imperialista a través de las comunidades emigradas. Una circunstancia, en cierto modo, paradójica al estar esta emigración provocada, en su mayor parte, por el hambre y la búsqueda de un futuro mejor para las generaciones venideras. No olvidemos que ya había aproximadamente nueve millones de italianos residiendo en el extranjero como consecuencia del proceso migratorio masivo que se había producido entre 1875 y 1914. Los tradicionales discursos liberales, de intelectuales y políticos, buscaron en esta realidad un camino con el que ejercer una acción activa –especialmente en su dimensión económica y comercial– acorde a los intereses nacionales. Esta estrategia continuó explorándose durante el fascismo.

Pese a todo, en 1927, en un gesto por tratar de exhibir su postura de rechazo a las migraciones en masa, el liberal *Commissariato dell'emigrazione* fue suprimido. En su lugar acabaría creándose una *Direzione generale degli italiani all'estero*, un órgano más político y más conectados con la organización en el extranjero de los *fasci*, que entre sus cometidos se encargó de organizar a las comunidades establecidas en el extranjero. De tal modo, nutrió a las colectividades de las ideas fascistas en su deseo de hacer inseparables los términos fascismo e *italianità*, y de propiciar los canales suficientes para evitar su desnacionalización y asimilación dentro del país receptor. Para lograr ese último objetivo se estableció en cada capital en el extranjero un delegado del partido fascista con el propósito de coordinar a la colonia; una atribución que generó no pocas controversias entre representantes de los *fasci* y los diplomáticos italianos, especialmente antes de que se procediese a su fascistización definitiva. De manera general, los *fasci* no obtuvieron los resultados esperados dadas las altas expectativas establecidas por el partido acerca de su capacidad para modificar la opinión pública y la política exterior del resto de naciones.

El trabajo que abre el monográfico, «De emigrantes a representantes de la nación en el extranjero: la política de encuadramiento partidista de los *Fasci Italiani all'Estero*», está firmado por Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA. Su contenido supone un buen punto de referencia para comprender alusiones realizadas en los trabajos posteriores acerca de la instrumentalización de las comunidades emigradas. El texto recorre el devenir del organismo desde su creación, en los primeros años del fascismo, hasta su paulatino declive, en la década de los años treinta, y posterior supresión como consecuencia de la derrota del fascismo durante la Segunda Guerra Mundial.

Aunque los *fasci* no pudieron disponer de una posición hegemónica dentro de la comunidad italiana en la mayoría de países, debido a la fuerza exhibida por el antifascismo en el exilio, sí que permitieron una mayor difusión de la ideología entre partidos de derecha y extrema derecha como veremos en el presente dossier para el área latina. Precisamente, esta zona resultó muy atractiva para los intereses del fascismo. En su mente estaba la idea de poder ejercer algún tipo de tutela aprovechando los vínculos históricos y, en el caso de Latinoamérica, valiéndose de sus importantes comunidades de emigrantes. En esta estrategia, tanto España como Portugal debían ser un recurso más con el que crear una comunidad latina fuerte, especialmente ante la presencia cada vez más hegemónica de los Estados Unidos en el área. Como sabemos, sin embargo, ni siquiera en épocas de relaciones estrechas como la del periodo primorriverista, se produjo una renuncia a ejercer por parte de cada país una tutela individual. En el caso español no se nos escapa que durante la Dictadura de Primo de Rivera se evidenciaron numerosos esfuerzos por intensificar los contactos a nivel diplomático –con la reforma de las representaciones en estos países y la creación de una sección específica dentro del Ministerio de Estado– y cultural –con la creación de una Junta de Relaciones Culturales.

Con todo, el mensaje de la hermandad latina siguió siendo una pieza clave del discurso fascista como parte de su interés por jugar un papel más determinante en el ámbito internacional, buscando aliados y socios bajo el paraguas del parentesco cultural. Una forma de imperialismo *sui generis*, si la comparamos con la de las potencias de primera línea, que pretendía borrar el peso iberoamericano y el peso del panamericanismo estadounidense. Una forma de imperialismo cuyo mayor éxito se identificó con el renacer nacionalista de diversos partidos y dictaduras militares en el continente americano, aunque en muchos casos estuvo lejos de responder a la verdadera esencia defendida desde el fascismo.

El segundo trabajo, «Nacionalismo en la distancia: los italianos emigrados y el fascismo en México (1922-1945)», de Franco SAVARINO, defiende la tesis de que la colectividad italiana emigrada en México, pese a su reducido tamaño, merece ser puesta en consideración dentro de los análisis practicados sobre las relaciones mantenidas por el fascismo con las comunidades emigradas en el área Latinoamericana. Para tal afirmación se basa en la importancia que tuvo el fascismo en la configuración de una imagen colectiva de los propios emigrantes en el país, al propiciar espacios de sociabilidad –antes apenas existentes– y recordar con orgullo su legado cultural. En consecuencia, los italianos en México fueron proclives a los patrones impuestos por el fascismo y a su mensaje nacionalista en el exterior, desmarcándose de su asimilación por

parte del país que los había acogido. Igualmente, el fascismo irrumpió con fuerza por la defensa que hacía de éstas colectividades; las cuales no olvidaban situaciones desagradables como la vivida entre 1910 y 1917 –durante la Guerra Civil mexicana, por su condición de minoría extranjera–, y cierta dejadez mantenida por las anteriores autoridades italianas en relación a la defensa de sus derechos. Sin embargo, esta situación fue un espejismo que quedó truncado a raíz de la intervención italiana en Etiopía y España, momentos en los cuales la propia comunidad pareció alejarse voluntariamente del anterior fervor nacionalista mostrado.

Si en México se truncó cualquier opción de establecer, a través de los emigrantes italianos, una política que facilitase alianzas de acuerdo a los intereses internacionales del fascismo, el tercer artículo, el de João Fábio BERTONHA, analiza esa posibilidad para el caso brasileño. En «La “diplomacia paralela” de Mussolini en Brasil: vínculos culturales, emigratorios y políticos en un proyecto de poder (1922-1943)» de nuevo el eje del trabajo gira en torno a la comunidad emigrada. Sin embargo, en este caso, la colectividad es una parte más de la estrategia por establecer vínculos con la derecha y extrema derecha local, así como con el gobierno de Getrúlio Vargas, de acuerdo con los deseos del imperialismo fascista. La base de esta pretensión se fundamentaba en la existencia de una amplia comunidad italiana en el país, pese a que los intentos por ocuparla no dieran los resultados esperados ante el fuerte empuje realizado por los sectores antifascistas. Como punto central de la exposición de Bertonha, el texto establece un esquema de la posible configuración de los planteamientos del expansionismo mussoliniano al trazar la teoría del “imperialismo concéntrico”. Dentro de tal concepción, tanto Brasil como Latinoamérica formarían parte de una quinta capa o círculo concéntrico, destinada a áreas de influencia en ultramar. Estas zonas estarían alejadas geográficamente de Roma, pero se confiaría en poder ejercer sobre ellas cierto peso ante la fuerte presencia de connacionales y los vínculos culturales; una solución acorde a los medios disponibles por Italia, incapaz de alcanzar en recursos a grandes potencias como los Estados Unidos. En cualquier caso, los resultados alcanzados por el fascismo fueron decepcionantes para el caso brasileño a pesar de los contactos que se establecieron con el gobierno de Getrúlio Vargas o con los *integralistas*. No olvidemos que, ante el devenir de los acontecimientos, Brasil optó por declarar la guerra a Italia enviando a suelo italiano a decenas de miles de soldados.

El enfoque del cuarto artículo, «Redes intelectuales ante el fascismo: polémicas culturales y políticas acerca de las leyes raciales italianas y los exilios en Argentina», de Leticia PRISLEI, rastrea la recepción de la experiencia fascista en dicho país a través del análisis de la aprobación en Italia de las leyes

raciales de 1938. De tal modo, tras ver el reflejo de esta aprobación en medios fascistas y antifascistas de la colectividad italiana emigrada, profundiza en los coqueteos de la nación argentina con estas disposiciones y analiza el comportamiento mantenido por parte del mundo de los intelectuales. Para argumentar la intención de la autora de hacernos reflexionar sobre las motivaciones que llevaron a la estigmatización de un colectivo, en este caso el judío, se ofrecen algunos casos individuales que escenifican la complejidad del argumento. Uno de éstos, el de Gino Arias, muestra la paradoja existente al tratarse de un judío que había colaborado activamente en el desarrollo de la doctrina corporativista fascista que, sin embargo, llegado el momento, tuvo que emigrar a Argentina ante la adopción en Italia de unas leyes que recogían el testigo de lo aprobado por la Alemania nazi desde 1933.

Los dos últimos artículos del monográfico dejan atrás el espacio americano para atender a parte de la realidad europea dentro del intento por construir una hermandad latina. Los textos tratan de plantear los intereses del fascismo por crear una sintonía común dentro de un área más próxima geográficamente. En ambos casos, dadas las características de los procesos migratorios interseculares, las condiciones económicas de la emigración italiana configuraron la existencia de colectividades pequeñas pero que mostraron su deseo por desarrollar e imitar las estructuras organizativas que el fascismo había diseñado en el extranjero.

Nuestro artículo «Los *fasci* italianos en España. Aproximación al conocimiento de sus grupos y actividades» estudia la trayectoria de la organización creada para difundir la ideología fascista entre los connacionales y, posteriormente, ejercer una activa propaganda política que se enmascaró, en la mayoría de los casos, de elementos culturales. La adopción de los planteamientos defendidos por Mussolini por parte de la élite colonial, especialmente en el caso de Barcelona donde se encontraba la colectividad más destacada, permitió ejercer un papel hegemónico entre los connacionales durante el periodo de la Dictadura de Primo de Rivera. La peculiar relación entre ambas dictaduras permitió la aparición de numerosos *fasci* en el país como prueba la publicación *Il Legionario*, órgano oficial de la secretaría general de los *Fasci all'Estero*. No obstante, las vicisitudes de la política interior española determinarán dos momentos consecutivos de crisis y esplendor. La situación de crisis para estos *fasci* se producirá tras la proclamación de la Segunda República española y la llegada de miles de antifascistas italianos que revertirán la situación de placidez en la que vivían estos grupos. Tal retroceso provocará la disminución de sus actividades públicas y el intento por dejar la iniciativa de las acciones filofascistas en manos de grupos autóctonos de extrema derecha. Esta táctica será sobrep-

sada con celeridad ante una nueva coyuntura en España como resultado de la sublevación militar de julio de 1936. De tal modo, ante el estallido de la Guerra Civil y la participación italiana, los *fasci* recuperarán en España su esplendor –en un momento en el que a nivel internacional están ampliamente cuestionados, hasta el punto de barajarse por parte de las jerarquías fascistas su supresión–, pudiendo desarrollar numerosas actividades de propaganda política en connivencia con los diversos sectores participantes en la sublevación.

Mario IVANI se encarga de mostrar, en «Propaganda entre escuela e iglesia: el control de la pequeña comunidad italiana en Portugal (1926-1943)», el interés del fascismo por establecer su influencia en el extremo occidental de Europa. La llegada al poder en el país luso del dictador Oliveira Salazar en 1926 –cuyo particular régimen se inspiró en numerosos aspectos del fascismo italiano– aumentó estos deseos creyéndose factible poder establecer una colaboración abierta con el *Estado Novo*. En consecuencia, la diplomacia italiana, para lograr ese objetivo, utilizó sus modestos recursos disponibles en Portugal: la propia comunidad emigrada, los *fasci*, los representantes diplomáticos, las instituciones culturales –instituto de cultura y escuelas en el extranjero– y las órdenes religiosas. Las ciudades de Lisboa y Oporto –donde se concentraban las élites burguesas de la colonia– fueron los focos principales de unas actividades propagandísticas que se beneficiaron de la ausencia de emigración política antifascista y de la deriva de signo derechista y con claras connotaciones clericales tomada por el país luso.

En una breve síntesis el contenido de los artículos pone de manifiesto su diversidad. Esa diversidad se debe, junto a las estrategias e intereses de los autores, a los rasgos mantenidos por cada una de las colectividades y de las autoridades en los diferentes países examinados. No obstante, todos los textos parten de un nexo común: la relación entre la política exterior del fascismo y la emigración italiana en su deseada área de influencia latina.

RUBÉN DOMÍNGUEZ MÉNDEZ

Instituto Universitario de Historia Simancas  
Universidad de Valladolid